

## Arteterapia. Papeles de arteterapia y educación para inclusión social

ISSN-e: 1988-8309

<https://dx.doi.org/10.5209/arte.73569>

López Fdz. Cao, M. (Ed.) (2020). *Arte, memoria y trauma: Aletheia, dar forma al dolor*. Volumen 2. Intervenciones desde la terapia, imágenes de la herida. Madrid: Fundamentos.



En términos históricos, no hace demasiado tiempo que se viene trabajando en arteterapia, poco más de setenta años desde la labor pionera de Naumburg y Hill, y si nos limitamos a nuestro país el recorrido es mucho más corto. Por eso es tan necesario elaborar un cuerpo de investigaciones de referencia y esta obra, cuyo segundo volumen reseñamos, debe formar parte sin duda de un catálogo semejante.

Si bien en arteterapia la teoría y la práctica siempre caminan de la mano, en el primer volumen de *Arte, memoria y trauma* se incidía más en aspectos teóricos y reflexivos, mientras que con buen tino en este segundo volumen los aspectos aplicados toman más relevancia y se hace evidente que en arteterapia pensar y obrar van de la mano.

Tras una breve introducción que desglosa las aportaciones que componen el conjunto, el volumen se divide en dos bloques; el primero, dedicado a los procesos y experiencias desde el arte como terapia, cuenta con quince capítulos. Marián López Fdz. Cao arranca el recorrido recurriendo a la metáfora y la práctica

del atlas de pensamientos e imágenes de Warburg para analizar una novela gráfica, *La levedad* (sobre el atentado de Charlie Hebdo), que nos permite darnos cuenta de la catástrofe pero también ordenar lo trastocado poniendo imagen y palabras a lo indecible en un primer paso para enfrentar el trauma. A continuación, Ana Hernández pone en evidencia la relación entre arte contemporáneo y arteterapia de una manera que me recuerda el planteamiento de Navratil al establecer como una de las funciones primordiales del arte la de construir y reconstruir un yo, una identidad que el trauma ha fracturado y que el proceso terapéutico permite recomponer. Por su parte, Carolina Peral nos propone una panorámica global libre de prejuicios de los distintos enfoques metodológicos posibles en arteterapia, desde los fundamentados en las neurociencias a los dependientes del psicoanálisis, pasando por los derivados del focusing, las terapias cognitivo-conductuales y las terapias narrativas.

Dos capítulos de esta primera parte se centran en la mujer, así Sofia Martín nos revela el poder de las imágenes para generar un relato sanador en un caso de violencia de género; y Marta Lage de la Rosa nos ofrece una narrativa en primera persona de una mastectomía radical, un trabajo muy valiente basado en un diario, dibujos y fotografías que nos descubre las distintas fases del proceso, desde el miedo tras el diagnóstico a la aceptación de la amputación, y que se cierra con un epílogo sobre el cáncer y la belleza ilustrado con dos autorretratos como Artemisa de Éfeso y como una restauración kintsugi.

Podemos encontrar también seis capítulos que nos muestran distintas prácticas en arteterapia, como los de Adolfo Stefler y de Estíbaliz Gutiérrez, Marta Nieto y Laia Font que se centran en la musicoterapia, poniendo el énfasis en la utilización de expresiones artísticas menos materiales que las visuales y táctiles e ilustrando sus ideas con varios casos clínicos; por su parte, Ana Fernández aborda la importancia del cine como herramienta terapéutica y de crecimiento personal, resaltando una metáfora interesante que pone en relación la importancia fundamental del montaje en el cine, que permite dar un sentido a los distintos planos rodados, y el del “montaje” de una historia en la terapia, a partir del cual convertir una narrativa tóxica en una narrativa sana; en Curar con libros, Silvia Tabakman nos relata una experiencia con estudiantes de magisterio en Buenos Aires en la que les invita a recordar quiénes y qué les dieron de leer de niños, en la creencia de que recordar esas experiencias lectoras abre el camino a la comprensión de la historia de la construcción del sujeto; el capítulo de Beatriz Rodríguez nos habla del mindfulness como una técnica que puede ayudarnos a ser conscientes de las narrativas que cronifican el trauma para poder modificarlas; y el último capítulo de esta serie se debe a Ruth Miras-Ruiz, quien nos traslada una experiencia denominada Re-Cordis que propone una investigación-acción que utiliza la danzaterapia, trabajando el cuerpo a través del movimiento y la voz con hombres diagnosticados con enfermedad mental e internados en un centro penitenciario.

Y hay cuatro capítulos más que relatan historias clínicas, dos de ellos referidos al trauma infantil, el de Luis Formaiano centrado en el abuso sexual recordado por una paciente adulta y el de Ana Serrano que nos muestra el encuadre arteterapéutico en el trabajo en hospitales de día infantoyjuveniles, y donde una de sus pacientes preadolescente da una magnífica definición de arteterapia: “Todo lo que llamamos dibujado”. Ambos capítulos inciden

en el trabajo arqueológico del terapeuta a la búsqueda de lo no dicho transmutado en símbolo, y el mismo enfoque subyace a la propuesta sobre el psiquismo creador de Mónica Cury, quien plantea que la creación artística producto de la intervención pone de manifiesto el universo del paciente, así la creación artística objetivada se hace depositaria de lo irreal en lo real permitiendo su abordaje, como ocurre en el caso clínico de sintomatología psicótica que narra la autora y en el cuadro depresivo referido por Cristina Masini, quien nos regala un pormenorizado análisis de su trabajo arteterapéutico.

El segundo bloque de la obra lo abre Marta Mantecón, quien nos desvela la etimología del concepto ‘aletheia’, referido tanto al desocultamiento de lo invisible como a lo evidente por sí mismo, sentidos aparentemente enfrentados que en arteterapia se conjugan en la obra expresiva, evidente en sí misma y que a la vez pone de relieve contenidos latentes.

Este bloque se titula Intervenciones artísticas y haciendo suyo con acierto el planteamiento de Ana Hernández sobre la imbricación de arte contemporáneo y arteterapia nos muestra la obra de artistas que logran transmutar el dolor en arte desvelando el elemento traumático. Así, Jana Leo nos confronta con su obra Violación-Nueva York, que le permite tender un puente entre hechos y emociones para resistir el proceso de deshumanización habitual en un caso de violación; Julio Romero nos muestra el dolor ante la enfermedad en las obras de Paloma Navares y Marina Núñez, así como la integridad entre belleza y trastorno; Antonio Altarriba plasma en una novela gráfica el dolor por la pérdida del otro y tanto Rogelio López Cuenca como Marisa González y Art Al Quadrat nos muestran en sus respectivas obras el dolor ante la humillación derivada de conflictos militares y el dolor sufrido por la mujer debido a su posición histórica de sometimiento. La última aportación de esta segunda parte del volumen corre a cargo de Mónica Cury y Cristina Masini, quienes consiguen cerrar el círculo al mostrarnos la potencia creadora y simbólica de algunos de sus pacientes.

En la introducción al primer volumen de *Arte, memoria y trauma*, Marián López Fdz. Cao recordaba que “Crear es construir placer sobre los escombros del dolor”, y este segundo volumen plasma esta idea magistralmente al permitirnos asistir al proceso que puede transformar el dolor del trauma en una herramienta sanadora a través de la expresión artística.

Angel Cagigas  
Universidad de Jaén